

La vida de Ramón Llull fue casi de película. Viajó por todo el Mediterráneo, ejerció de senescal del rey y de preceptor de Jaime II, y tras casarse y tener dos hijos, una visión divina le hizo renunciar a todos sus bienes y dedicarse por completo al estudio y la vida religiosa. Buscó martirio con los infieles musulmanes e inventó una máquina de pensar, quizás el primer ordenador de la historia.

La máquina ilusa

Juan Arnao
Filósofo y escritor

Ramón Llull

» La Edad Media fue, contra lo que se cree, la edad de la razón. Una época dominada por el pensamiento deductivo (ese que va de lo universal a lo particular) y hechizada por la diosa de la persuasión, una época en la que todavía era posible convencer con argumentos. Ramón Llull participó de esa fiebre silogística y construyó, al efecto, una máquina de pensar. Una máquina, precursora de los ordenadores, que le fue revelada en un Sinaí mediterráneo, el Puig de Randa, a veinte kilómetros de Palma. Ese mismo año morían dos maestros del silogismo, Tomás de Aquino y Buenaventura, y se cerraba una época. El artefacto era relativamente simple, constaba de un conjunto de discos concéntricos que engendraban mecánicamente definiciones mediante un lenguaje formal y una lógica combinatoria, produciendo toda una serie de proposiciones relevantes para la teología. Fue uno de los primeros intentos de sortear las barreras idiomáticas y crear una lengua universal. Un antecedente de la ciencia universal (*Mathesis Universalis*) que perseguirían Descartes y Leibniz, y que había nacido (somos incorregibles) del deseo de persuadir. Tanto amó Llull su invención que en cierta ocasión prefirió la condenación eterna a perderla (la máquina garantizaba la salvación de muchos), con lo que se ganó el apelativo de Doctor Illuminatus.

Pero aquella, como las de hoy, era una máquina ilusa. Las máquinas no piensan, simplemente calculan. Con frecuencia se confunde el cálculo con el pensamiento, y se dice que el ordenador «está pensando» cuando se quiere decir que «está calculando». El pensamiento genuino siempre tiene algo de creativo y esa creación supone una recreación. Al pensar, nos recreamos, literalmente, no se trata de un mero entretenimiento. Davidson decía que entender una metáfora era tan creativo como inventarla. Es cierto. Ver una cosa en términos de otra, ¿qué otra cosa podría ser la metáfora? Por eso la lectura es tan saludable, porque hace viajar al pensamiento y los viajes rejuvenecen. Además, el verdadero pensamiento surge cuando callan las palabras. Cuando nos detenemos. De ahí que las máquinas, a pesar de lo que digan unos cuantos ilusos (ingenieros que sueñan con una conciencia mecánica), nunca podrán pensar, porque ellas, que están hechas de palabras, no saben recrearse (solo reiniciarse).

La *Vida del Maestro Ramón* (Pre-Textos 2015) merecería un film. Relato de sus andanzas a «ciertos religiosos amigos» en 1311, probablemente los monjes de la Cartuja de Valvert, junto a los jardines de Luxemburgo. El volumen, impecable, recoge el texto original latino (para entretenimiento de eruditos) y una versión abreviada e ilustrada, parecida a un cómic mo-

demo, de espléndidas ilustraciones. Ramón Llull tenía, sin saberlo, algo de americano. Su afán de totalidad lo atestigua. Quiso saberlo todo y convencer a todos. Pensó como Leibniz que las disputas podían resolverse mediante el cálculo y creía, como muchos hoy, que un arte combinatorio revelaría los arcanos del mundo. Tuvo también mucho de visionario: en el monasterio de Miramar en Valldemossa (una de las primeras escuelas de traductores que se fundaron en Europa) puede verse, escrito en un muro, un fragmento redactado en 1289 en Montpellier, doscientos años antes del viaje de Colón: «La principal causa del flujo y reflujo del Mar Grande [el océano Atlántico] es el arco del agua del mar que en el Poniente estriba en una tierra opuesta a las costas de Inglaterra Francia y España y toda la confinante de África».

La juventud de Llull transcurrió en la corte. Senescal de mesa del rey (su padre había acompañado a Jaime I en la conquista de Mallorca), se dedicaba «a componer canciones y otras cantinelas», fue preceptor del infante Jaime II, se casó y tuvo dos hijos. Tras cinco visiones en las que se le apareció Jesús en

la cruz, renunció a su familia y bienes y se consagró al estudio y la vida religiosa (no sabemos si ingresó en los franciscanos pero se mantuvo próximo a ellos). Viajó infatigablemente, aprendió el árabe y recorrió los reinos musulmanes del Norte de África para persuadir a los infieles. Lo mueven dos obsesiones: la recuperación de Tierra Santa y la creación de escuelas de traductores. Tiene algo de Quijote: obtiene permiso del rey para predicar en sinagogas y mezquitas y no pierde oportunidad de enzarzarse en discusiones con imanes y rabinos. Busca el martirio en Túnez a una edad en que es una rareza buscarlo, es encarcelado, «recibe golpes de palos y puños de los sarracenos», es linchado y apedreado. Todo ello trufado de crisis, temores paralizantes y graves enfermedades. Ya anciano, naufraga frente a las costas de Pisa y pierde algunos de sus papeles. Los especialistas hablan de 327 obras (243 conocidas), escritas en latín, catalán y árabe, aunque de éstas últimas no se ha conservado ninguna.

En tres estancias en la Universidad de París, Llull combatió a los averroístas y la idea de una doble verdad. Debía existir un fondo racional en las verdades de la fe, a las que era posible llegar por estricta deducción lógica, de ahí que una máquina para convencer pudiera ser objeto de revelación. Todo lo real debía ser divino y racional al mismo tiempo, y para «levantar el palacio de la ciencia» bastaban la idea de Dios y sus atributos. En cierto sentido procedía como Spinoza y parece anticiparlo cuando escribe: «Mi esencia no es otra cosa que la fuerza resultante de una participación finita en los atributos de Dios; por la bondad de Dios soy bueno; por su grandeza, grande; por su eternidad, durable, es decir, permanezco en el ser.»

Los filósofos medievales sostenían, como los antiguos, que el mundo había sido rescatado del caos por el Creador. Los que seguían a Aristóteles consideraban que el mundo había existido siempre y que no había sido necesaria una creación *ex-nihilo*. La intervención divina se limitaba a ordenar y dar forma a un con-

Contra la creencia más extendida, la Edad Media fue la edad de la razón, y en ella brilló con luz propia nuestro Ramón Llull



Ramón Llull predicando en el norte de África, según un manuscrito medieval.